

Análisis crítico-pastoral de una comunidad parroquial concreta

SANTIAGO BRAVO GUTIÉRREZ*

1. *Introducción*

En el decurso de unos días de descanso y pensando cuál pudiera ser el objeto-análisis de un futuro trabajo con incidencias pastorales, determiné llevar a cabo el análisis de un pueblo cristiano bien concreto.

Se trata de un pueblo rural casi en su totalidad, a excepción de pequeñas industrias que, por lo demás, sirven de complemento a la acción del campo. Su emplazamiento ocupa un bello paraje, donde la frondosidad de los árboles y los accidentes del terreno nos hacen olvidar la extensa planicie azul castellana (menciono tales elementos porque creo que las características del «habitat» condicionan y, en cierto modo, especifican las peculiaridades humanas, en el seno de las cuales se inserta lo cristiano).

Mi contacto personal con tal comunidad no es de ahora. Ya hace tiempo que vengo pasando en ella algunos días en distintas épocas del año. No es excesivo desde luego y tal vez insuficiente para emprender un análisis crítico de alguna de las formas de su religiosidad; pero a mi entender basta para cubrir las dimensiones del presente trabajo que aspira a ser un ahondamiento práctico en la teoría de la pastoral teológica.

Respecto a la metodología, es preciso decir que he tratado de ver, oír y de juzgar. Pero es fácil que la interpretación adolezca de subjetivismo; si ello fuese así escaparía a mi intención consciente.

* Estudiante en el Instituto Superior de Ciencias Catequéticas San Pío X. Dirección: La Salle. Avda. La Salle, s/n. SALAMANCA - Tejares.

Las reflexiones que siguen hubieran ganado de haberse utilizado algún tipo de cuestionario, incluso acientífico, a través del cual se exteriorizase una actitud religiosa concreta. Nada de esto he utilizado; sino tan sólo cuanto he podido observar y deducir de los comentarios circunstanciales a lo observado.

Antes de concluir esta introducción, una idea más: esta comunidad cristiana rural tiene una gran religiosidad, que más adelante especificaré. Por ahora basta la constancia de que lo religioso es valor positivo y cargante en tal medio.

Seguiré este esquema sencillo: análisis de la situación, causas que la originan y finalmente una conclusión con posibles pistas de acción.

2. *Situación pastoral*

Como queda dicho, esta comunidad vive inserta en lo religioso, que no quiere decir necesariamente lo cristiano. Cuando digo religioso me refiero a que existe un ámbito misterico en las personas, en el cual se debe afincar naturalmente la dimensión cristiana para asumirlo y plenificarlo.

Esa sacralidad excluye toda clase de escepticismo y cualquier tipo de agnosticismo puro. Es una religiosidad muy amasada con la ignorancia, siendo ésta uno de los impedimentos más firmes para cualquier resurgimiento de la pastoral de la conversión. Debido a ello, tal religiosidad se canaliza a través de una gran variedad de prácticas: novenas, rosarios, primeros viernes, recorrido de imágenes por las casas, encender lamparillas, etc...

Creo ver en todo ello como una manifestación algo mágica de la religión. Como un deseo de manipular a un Dios que se pliega a los deseos personales y a quien se le puede manejar a nuestro antojo. Privan las prácticas externas y de carácter rutinario, formulista, de hacer por hacer, como si fueran fijaciones estereotipadas de una tradición viva anterior, de la cual sólo se hubiese conservado la osamenta externa.

Todo esto que describo con carácter peyorativo, sin duda tendría una riqueza comunitaria si floreciera al lado de lo esencial. Pero en mi opinión no sucede así. Más bien ensombrece las dos realidades cristianas más operantes: La *Palabra* y la *Eucaristía*.

Por lo que a la Eucaristía respecta, sigue privando, incluso en la mentalidad del párroco, una visión sacramentalista; de ahí que lo esencial de la celebración se restrinja tan sólo a la consagración, cuyas palabras se perciben como algo mágico. La Palabra queda desplazada; no hay esmero en su proclamación; la homilía no se centra en su esclarecimiento y menos en las implicaciones que su mensaje aporta a dicha comunidad; es, frecuentemente, un modelo de erudición estéril, sin garra, sin mordiente, esencialista y sin interés. Su incidencia queda muy por fuera del círculo de los intereses inmediatos de las personas. No es salvación —«alegre nueva»— a los problemas, ya específicamente espirituales, sociales o de otro tipo, que los habitantes del lugar tienen por prioritarios y apremiantes.

Me consta también que existe una ignorancia muy notable respecto a lo que es la Biblia y al papel que ésta desempeña en nuestra fe. En general desconocen lo más simple del tema. Se la considera como un libro mágico, sagrado, misterioso y no como algo cercano, un mensaje, una noticia alegre, la presencia escrita de Dios entre los hombres.

Es triste comprobar cómo, al celebrar la Eucaristía, se congelan todas las manifestaciones exteriores de comunidad, de vecindad: gestos, posturas, relaciones, etc... La colocación externa de la gente no da el sentido de «pueblo»; se colocan separados los hombres de las mujeres y los niños de ambos. Da la impresión —y creo estar en lo cierto— que no han descubierto los matices nuevos y la sensibilidad actual de «pueblo de Dios». Al menos no lo manifiestan. ¿Por qué no asiste, si no, la familia unida a la Eucaristía? ¿Por qué dan la sensación de ignorarse unos a otros en la celebración, siendo así que todos son conocidos? ¿Por qué ese aire de adustez y frialdad, si son amigos? ¿Por qué el contraste entre la camaradería del bar y la atonalidad litúrgica?

Resulta significativo en este ambiente que el celebrante nunca invite a los asistentes a darse el abrazo de la paz. Un signo claro de que aún no han asimilado, incluido el mismo párroco, la dimensión social de su fe. Parece como si el celebrante pensase que con ello vaciaba el sacramento eucarístico. Exponente también de que piensan y creen que la celebración es sólo algo íntimo, interior e individual y no la acción de un «pueblo» que, en la certeza de una

misma fe y alentado por una única esperanza, se congrega festivo para celebrar el memorial gozoso de su salvación actual y escatológica.

Llama también la atención en las celebraciones eucarísticas la escasa participación de los hombres en la comunión. Alejados y arrinconados en lo más lejano de la iglesia, dan la impresión de somnolencia y aburrimiento, anhelando que la función llegue a su fin. En las mujeres existe un nivel más elevado de comuniones, igual que entre los niños. ¿Por qué la comunión, sello y culmen de la participación eucarística, parece que no es cosa de hombres?

Ya fuera de la iglesia, uno observa y percibe que, en las personas hay niveles que precisan una profunda conversión: el amor, distintivo cristiano no siempre brilla: críticas, no aceptación del otro, tergiversaciones, falta de entendimiento, indiferencia ante la situación del otro, egoísmo a ultranza, se obra pensando solamente en los intereses propios que son los que cuentan, etc...

Y lo que yo considero peor aún: que no se ve la ligazón entre práctica religiosa y eliminación paulatina de estos impedimentos. Como si fuesen dos cosas distintas que no se implicasen lo más mínimo.

Muchas más cosas se podrían describir, pero creo que con lo expuesto es suficiente para sacar una idea clara de cuál es la situación religiosa y pastoral de tal pueblo.

Todo lo dicho tiene un carácter general; esto no quiere decir que no haya individualidades que escapen a esta generalización: estudiantes, por ejemplo, que están mejor formados e incluso personas menos formadas pero con una gran inquietud religiosa y cristiana, que se preguntan conscientemente por todo lo que realizan y por el significado concreto que para ellos tiene.

3. *Causas de esta situación*

— Ya he dejado constancia de lo que juzgo una de las causas más responsables de esta situación: la ignorancia, con todas sus secuelas. Ella es un condicionante fuerte a la hora de agilizar la acción pastoral ya que la proclamación de la Palabra se asienta en un determinado sustrato cultural que, quiérase o no, en algún

modo la condiciona. Con todo creo que, de existir otros factores, este impedimento pudiera ser superado con eficacia.

— A mi parecer también es muy grave la falta de responsables idóneos. El pueblo es como si no contase a la hora de pensar, planear y realizar los diversos actos religiosos: misas, catequesis, etc. No se integra en ellos a las personas más solventes, como son los maestros y maestras.

El párroco es, en parte, responsable de esta situación pastoral del pueblo. El discurrir diario de su vida no es modelo de ilusión y esperanza de la salvación que él oficialmente anuncia. Más bien deja traslucir en su vivir ciertos signos de desilusión y adustez, propios de quien se siente frustrado en lo íntimo de sí mismo.

En el aspecto teológico y pastoral está desfasado; no ha aceptado, ni menos asimilado, el espíritu del Vaticano II y las nuevas corrientes teológicas y pastorales. Más bien, diría, que las desconoce.

Apoyado en una formación de tipo objetivante y esencialista y con una concepción jerárquica —y no carismática y mística— de la Iglesia, se cree dueño y jefe del pueblo, imposibilitando así toda relación empática y existencial con aquellos a quienes, por vocación, debiera servir según el modelo de Cristo «que vino a servir y no a ser servido».

Todo esto hace que los fieles, y más en particular el sector joven, se alejen visiblemente de él, ya que no ven en su persona al sacerdote amigo que se interesa viva y eficazmente por sus problemas. Su actitud es más bien la del hombre individualista y con claros síntomas de aprecio excesivo al dinero, ingrediente necesario en toda su actividad pastoral.

— Falta predicación. Sobran homilias eruditas y escasean las kerigmáticas: el pueblo no sabe y no experimenta la «alegre noticia» traída por Jesús. ¿Falta de formación del sacerdote? Creo que sí. La homilía no despierta ni valora las dimensiones existenciales y místicas de las personas y de la comunidad. A la gente no le interesa lo que se dice porque lo ven lejano y falto de concreción aquí y ahora. No lo integra en su vida ordinaria.

— Creo percibir que, en general, se desconoce (y no por falta de voluntad, que la hay muy buena) lo que es específico cristiano:

el significado de la muerte y resurrección de Cristo y su proyección en la vida de cada cristiano y en la de cada comunidad cristiana.

— Ausencia de «signos». La psicología actual afirma que en la estructuración de la persona es capital la presencia de «modelos» estructurantes y capaces de imprimir dinamismo a la maduración personal. Este principio general es válido también para la adquisición de la específica personalidad cristiana; se precisan «modelos», «signos» capaces, por su misma realidad, de asegurar el proceso de maduración del cristiano. De ahí que sea funesto que la Palabra no se vea realizada significativamente en algo ni en nadie. El sacerdote, según yo veo, se percibe como un antisigno. Su vida externa dista mucho de ser el reflejo de la Palabra. Su voz queda apagada por su ansia de dinero y por sus rarezas.

— Rutina en la administración de los sacramentos (Bautismo, Eucaristía, Matrimonio...). No se les personifica. Los gestos del celebrante son contraproducentes y revelan poca dignidad. No se aceptan las nuevas formas encaminadas a hacerlos más comprensibles. Parece como si lo importante fuera bautizar o decir misa o celebrar el matrimonio porque sí, sin preguntarse el porqué y el para qué de lo que se hace.

— No se ha cultivado la vertiente de Iglesia como «pueblo de Dios». Más bien existe la concepción canónica y jerárquica tradicional. De aquí la indiferencia y falta de responsabilidad de los fieles en todo aquello que afecta al ámbito de lo eclesial; de ahí también la tendencia (ingenua por lo demás, pero presente en buena parte de cristianos) de reducir lo eclesial a asuntos concernientes a «curas y frailes».

4. *Conclusión*

Termino anotando algunas líneas de acción que yo creo precisas para modificar tal situación. Se da la circunstancia favorable de que la gente es fácilmente maleable y con gran capacidad de colaboración, en especial en el sector joven, que pugna por salir de su inercia sin que se le ofrezcan cauces adecuados para ello.

— Tarea primordial es crear un ambiente de comunidad humana y religiosa, en la que haya colaboración y en la cual el sa-

cerdote sea uno más. Que quede al margen ese hábito de superioridad que alienta con frecuencia en algunos sacerdotes.

— Responsabilizar en la acción catequística a gentes que pueden hacerlo de alguna manera, aunque no sea del todo perfecta: maestros y otras personas formadas. Es un medio de colaboración eclesial y de profundización del mensaje en ellos mismos. Posteriormente ampliar el círculo hasta interesar a todos y responsabilizarlos en la medida de su capacidad y fe.

— Una planificación seria de la predicación a lo largo del ciclo litúrgico. Esto es primordial. Adaptar el mensaje a las necesidades concretas del pueblo. Una auténtica evangelización que erradique las formas espúreas del vivir cristiano.

— Poner actividad y creatividad en todo; que la eucaristía sea participada y la recepción de los sacramentos consciente. Montar clubs, organizar charlas y cursillos prematrimoniales y matrimoniales a fin de ir comprometiendo a todos con la fe y la responsabilidad que lleva consigo.

— Poner algún tipo de información religiosa a su alcance: revistas, libros, material audiovisual, etc. Cuidar y esmerar la catequesis escolar.

Pero, sobre todo, es imprescindible, para asegurar la eficacia de la acción pastoral, la presencia de un sacerdote dinámico, humano, realista, existencial, flexible y vital. En una palabra un sacerdote pastoralmente maduro.